

Al llegar cerca de Cortona encontró à vna buena muger muy afligida, por los malos tratamientos de su marido, hombre feroz, y de condiciõ terrible, y indigesta. Compadeciõse el Santo de su trabajo, y alentõla persuadiendola la importancia de la conformidad, y tolerancia para el merecimiento; pero viendola tan caída de coraçon, la dixo: Ea, no ay que desconsolarte, que ya tu marido serà muy otro, y verás trocada en mansedumbre su fiereza. Dile quando le veas de parte de

Nota. Dios, y de parte mía, que mire, que agora es tiempo de perdõn, y de clemencia; pero que despues serà tiempo de justicia, y de castigo. Despidiõse la muger tomando su bendiciõ: y quando se viõ con su marido, le dixo, como avia tenido suerte de encontrar en el camino à Fray Francisco de Assis, el qual la mandò le diese el referido recado, y aviso. Oyõle el hombre, y se hallò de repente tan mudado, que parecia otro. Bañõse en lagrimas de dolor de las sinrazones cõ que avia atormentado à su muger inocente. Pidiõla perdõn, diziendo: Señora, la fiereza de mi condiciõ me ha tenido ciegos; pero pues Dios me abre los ojos para ver la luz de la verdad, os ruego, que me ayudeis mucho, para que yo me asegure en el desengaño, y tratemos ambos de nuestra salvaciõ con amigable concordia. Era la muger devota, y viendo tan buena disposiciõ en su marido, para mejorar de vida, le persuadiò à que hecho voto de Continencia apartasse cama, para entregarse con mas pureza al servicio de Dios. Assi lo hizieron, y vivieron algunos años exemplarmente, hasta que llegò el dia, en que fuesen à gozar los frutos, que sembraron en virtudes, y exempios. Permitiõ Dios con admirable providencia, que muriesen ambos en vn mismo dia, y hora: porque ni la muerte rompiesse el vinculo de caridad, que

estrechò dos vidas en el sequito de la virtud tan conformes.

En Cortona, libre ya del tráfago de los negocios, se retirò à la soledad, donde pudiese mas libremente darse à la contemplaciõ, y purgarse con las amarguras de la mortificaciõ, y penitencia de los malos humores, que remia se le huviesen pegado del comercio de las criaturas, que hazia tan forçoso el empleo continuo de su predicaciõ. No se detuvo en Cortona mucho tiempo, porque por mas que le ocultaba su humildad, le descubria su virtud con las clamorosas voces de sus maravillas. De esto se le ocasionò vn interior desabrimiento, y algun escrupulo, como si pudiera ser culpà suya, el que se dexasse ver la luz de santidad, y aquel resplandeciente candelero de exemplos santos, que avia Dios encendido en su casa; para desterrar las sombras de los vicios. Son menudisimos los Santos en sus procedimientos, aun de la misma bondad se recatan, y en lo mas licito rezelan deslizes, y previenen peligros. Obran con esta fin satisfaciõ, porque de su mismo temor nazca con la luz divina su mayor seguridad.

CAPITULO XXV.

Ansiõso el Santo de mayor soledad, y quietud, dexa à Cortona, y se va al Monte Alberne, y las maravillas que el Señor obrò por el en esta jornada.

FUGITIVO de los aplausos, y ansiõso de soledad, dexò à Cortona, y tomò la determinaciõ, de retirarse al Monte Alberne, en cuyas quebradas, y rotos peñascos tenia mas vivos recuerdos de la muerte de su amado Jesus, y en cuyas asperezas hallaba despertador para sentir sus dol-

lores con mas intensiõ, y viveza. Sentia se à la fazon falta de fuerças, por sus ordinarios achaques ayudados de las vigiliyas, y mortificaciõnes, y para poder hazer su viage mandò, que le buscasen vn jumentillo. No pudo hallarle, sino vn cavallo, que ofreciõ vnà persona devota. Estranò la cavalleria, el que era tan de coraçon humilde; pero la necesidad, que era mucha, acallò los melindres de su humildad. Quando bõlvieron el cavallo à su dueño, estaba en aquel lugar vnà muger muy apretada de vn recio parto; no podian remediarla humanas diligencias; dandose por vencida toda la industria de las parteras, y la medicina. En este conflicto tan lastimoso, y tan desesperado, le ocurriò à vn hombre (acaso seria el dueño del cavallo) que seria bueno ceñirla con las riendas, que avian tocado las manos de su devoto, y montando en viva fee, le quitò al cavallo el freno, y se le aplicò à la moribunda, que al contacto diò de improvisò à luz el fruto de sus entrañas, y quedò libre de tan evidente peligro, con admiraciõ de todos, que dieron gracias al Señor maravilloso en sus Santos.

Llegò al Monte Alberne gustoso, aunque tímido de si avria sido de el gusto de Dios su mudança: rezelandose de que no huviese sido ocasionada mas de la velecidad de su genio, que de el impulso de su inspiraciõ. Sacòle el Gran Padre de las misericordias de este ahogo, y dilatóle el coraçon, dandole vnà evidente señal, y milagrosa de su beneplacito. Apenas pisò las faldas del Monte, quando, como si fueran llamadas del reclamo, bolaron à el variedad de aves, que puestas sobre sus ombres con dulces gorgeos, y sonoro canto le daban la bienvenida, y le acompañaron hasta la eminencia de el Monte. Dilatóse el siervo de Dios, y vertiendo lagrimas de alegría, dixo à

Fr. Leon vno de sus compañeros: Hijo mío, buen viage hemos hecho, pues nos dan los parabienes de el acierto niestras hermanas las aves; embaxadoras sòn del Altísimo, en cuyos picos se oye la verdad con dulçura, y sin las afectaciones de la lisonja. Subiò à la celdilla, que en otras ocasiones le avia servido de mansion, sita en lo mas eminente del Monte, junto à vnà copada, y frondosa haya, donde tenia su nido vn Alcon, con quien contraxo estrecha familiaridad. Aquí fue, y en este tiempo, quando este paxarõ tenia como à cuenta suya el dispartarle à la media noche, para que rezasse Mayrines; y le guardaba el sueño hasta la Aurora algunas vezes, que por indifposiciõ particular, y falta de salud, no convenia, que se levantasse à media noche.

Puesto ya Francisco en la soledad, descansaba su coraçon, como en su proprio centro. Libre de la molesta pesadumbre de humanas pasiones, tendiò los buelos de su enamorado espíritu por los espacios inmensos de la divinidad. Crecian sus fervores à medida de los influxos de la gracia. El fuego de amor, que ardia en su pecho, futilizaba el cuerpo, y le elevaba à la esfera de espíritu, consumiendolo, y apurando con la fuerça de sus ardores el peso, y grosleria de la carne. Testigos de este efecto maravilloso eran los frecuentes raptos, y elevaciones de la tierra, mayores, y menores, segun eran mayores, y menores las asluencias del favor Divino. Unas vezes se elevaba como vn estado en alto, desuerte, que Fr. Leon su compañero podia abrazarse con sus pies, besarlos, y regarcelos con lagrimas, diziendo à Dios: Señor Omnipotente, sed propicio à este peccador miserable por los merecimientos de este siervo vuestro, y comunicadme vn rayo de vuestras soberanas luzes. Otras vezes eran las elevaciones

Nota.

tales, que se sobrepoua à las copas de las mas eminentes hayas. Otras vezes bolando por la Region del ayre, se remontaba tanto, que no podia darle alcance la vista. Quando Fr. Leon no podía averle à las manos, le seguia con los ojos, y quando se le desaparecia de los ojos, le seguia con los afectos, siempre admirado, siempre tierno, siempre abferto en las maravillas, que veia executadas en aquella criatura por el poder del Altissimo.

Vn dia, que descendió el Santo de vna de estas mas altas elevaciones, hallò à Fr. Leon muy lloroso, y compungido. Su ternura no era solo devocion, sino congoja; porque à la fazon se sentia muy oprimido, porque el demonio con horribles sombras de sugestiones avia obscurecido toda su mente, cargandole la imaginacion de feissimas representaciones, de lo qual turbado, y temeroso, no acertaba à dar passo en el camino de la perfeccion. Era tan torpe, y horrorosa la representacion de cosas en el teatro de su fantasia; que como Varon, que era candidissimo, tenia empacho, y le faltaba aliento para comunicar su trabajo. Pareciale empero, que si èl tuviesse fuerte de hallar algun papel escrito de mano de su Santo Maestro, tendria eficaz medicina de su achaque. Penetrò el Santo Patriarca su interior desconuelo, y como le amaba mucho por su singular cándidez, tratò de hazerle vn beneficio dos vezes grande, previniendo sus deseos, y adelantando à los ruegos la medicina; para que gozasse de la salud, sin el coste de la verguença. Mandòle, que tirasse tinta, y papel, y escribió, poniendo primero la misteriosa letra del Tav, que es la T, que llamamos manuscula, y forma vna Cruz: de baxo de la qual escribió estas clausulas: Fr. Leo. *Benedicat tibi Dominus, & custodiat te. Ostendat faciam suam tibi, & misereatur tui: convertat vulnum*

suum ad te, & det tibi pacem. Dominus Deus Omnipotens benedicat Fratrem Leonem. El Señor te de su bendicion, y te defendà, manifestete su rostro, y tenga misericordia de ti; buelva à ti sus piadosos ojos, y te de paz. El Señor Dios Omnipotente de su bendicion à Fr. Leon. Toma, le dixo, hijo este papel escrito de mi mano, y traele siempre contigo, mientras vivas, y tèn valor para pelear las guerras del Señor, porque si deseas ser à sus ojos agradabile, es necessario ser en las tentaciones fuerte: que lo demás serà hazer guerra à tus deseos con la cobardia. Recibió el papel con profunda reverencia, y al punto sintió desvanecerse toda la obscuridad, y sombras, que turbaban su coraçon, descanfando entre las apacibles luzes de la presencia Divina. Guardò el papel con mucho cuydado, como en quien tenia librado su remedio. Despues de su muerte se guardò entre otras Reliquias en el Sagrario de Afsis, y con èl obrò el Señor innumerables maravillas.

CAPITULO XXVI.

Prosiguen sus raptos maravillosos, y divinas inspiraciones.

HALLABASE cada dia este humano Serafin mas engolfado en el inmenso Oceano de la Divinidad, registraba los impentribles senos deste abissimo con gozo, y sin riesgo, porque su entendimiento no con temeraria ofladia, ni vana curiosidad, sino fortalecido de superiores luzes se servia como de fonda del peso de su amor. Continuabanle los raptos, y en ellos nuevas maravillas, cuya noticia le ganò à Fray Leon su inocente pureza. Vn dia viò à su Maestro elevado en el ayre, conio dos estados de la tierra, cercado de admirables resplandores, y sobre su cabeça bolava vna tar-

tarxeta, en que con letras de oro al parecer estaban escritas estas palabras: *Hic est gratia Dei.* Aqui està la gracia de Dios, palabras, que dichas en esta ocasion, parece que dicen mas, que lo que promete su corteza; pues dan à entender, quan de asiento, y quan bien hallada estava la gracia en vn coraçon tan puro, y abrasado en incendios de caridad. Baxando de su elevacion el Santo con sereno movimiento, se desapareció subiendo al Cielo la tarxeta.

Otra vez aguardò à que el Santo baxasse de su elevacion para administrarle la vianda que le tenia prevenida, y viò que se quedò en tierra puestas las radillas, transportado todo, y bañado de resplandores tan activos, que le deslumbraban, y no podia atener su vista à tãto golpe de luzes. Oyò, que en aquel resplandeciente globo hablaba otra voz que no conocia, pero no podia ver quien fuesse el interlocutor de aquella platica: bien que por el contenido imperioso de sus clausulas, conocia ser Christo Señor nuestro, que le dezia: Francisco, tu Orden durarà hasta el fin del mundo. El que de proposito, y con terca malevolencia la perseguiere, le durarà poco la vida, llena de infortunios: los que con devocion, y afecto favorecieren sus causas, fecibiràn de mi mano singulares favores. Los Religiosos, que en ella quisieren vivir vida de siglo con escandalo de los seglares, y mal exemplo de sus hermanos, no duraràn en su mal estado; porque, ò se reduciràn à mejor vida con el exemplar de los buenos, ò dexaràn el Hbito con peligro de su eterna perdicion.

Bolvì del rapto, y siendo ya hora de tomar la refeccion acostumbada, iba Fr. Leon à poner la mesa, como solia, en vna piedra llana, que estava sobrefaliente, donde sentado en tierra acostumbaba el Santo à comer. Al

tender los manteles le detuvo diciendo: Tente Fr. Leon, y antes que en esta mesa fientes la vianda, la has de lavar con agua pura, despues con vino generoso, despues con azeyte pingue, y vltimamente con balsamo suave, en memoria, y hazimiento de gracias de los quatro privilegios, que mi Señor Jesu Christo, sentado en esta piedra, se dignò de confirmar à mi Orden. Quedò perplexo Fray Leon de este mandato, porque le faltaban los liquores para darle cumplimiento, y entonces el Santo valiendose del azeyte, que tenia para comer vnas yervas, bañò con èl toda la lora, y dixo: *Hac est ara Dei.* Esta es ara de Dios. Otras muchas apariciones tuvo sobre esta piedra, que està tenida en gran veneracion, y se llama vulgarmente la mesa de San Francisco. En este sitio, à devocion de vn Cavallero muy illustre, Florentin, se levantò vna hermosa Capilla, y en ella se guardò esta piedra guarnecida de verjas de hierro, curiosamente labradas: pero viendo los Religiosos, que estava mal segura, porque la despedaçaba la indiscreta devocion de algunos seglares, porque de el todo no se perdiesse su memoria, y tuviesse debida reverencia, la trasladaron al Sagrario, donde oy està con esta inscripcion: *Mensa B. Francisci, super quam habuit mirabiles apparitiones, sanctificansque ipsam, effudit oleum de super dicens. Hic est ara Dei.*

CAPITULO XXVII.

Intenta el demonio precipitar al Santo. Defiendele Dios con vn estupendo prodigio: y le regala con singularissimas mercedes.

DOS, ò tres dias antes de la fiesta de la Assumpcion de MARIA Santissima, en cuyas glorias, y prerrogativas se delicia-

ba su enamorado espíritu; y de cuyo patrocinio se valia para sus expresias; con logro feliz de sus esperanças, determinò dexar la celdilla en que estaba, para retirarse à la rotura de vna peña, de quien supo por ministerio de su Santo Angel averse abierto en la muerte del Salvador del mundo. Estaba formada en disposicion conveniente para habitacion humana, con bastante capacidad para vna persona, y solo faltaba poner à la boca algun reparo para las inclemencias de los temporales. Valiòse para esto de la industria de algunos de sus compañeros, que con rañas, y broça del Monte abrigaron la gruta en forma de cabaña, invencion muy del genio, y gusto de su pobreza. Despidiòlos à todos, dandoles su bendicion, y mendandoles expresamente, que hasta despues de la fiesta del Santo Arcangel San Miguel, no le viesen, ni permittiesen, que otra persona alguna, aunque fuese de mucha suposicion, le visitasse. Reservò de este precepto à solo Fr. Leon, que permitió tuviesse su estancia no lexos de aquel sitio, para que le asistièsse en lo necesario; pero con orden preciso, de que solo por las tardes le llevassè vn pedaço de pan, y vn vaso de agua, y lo dexassè à la puerta de la gruta, sin hablar palabra; y à las medias noches le hiziesse compañía para rezar Mayntines, con advertencia, que antes de entrar en la gruta dixessè, *Domine labia mea aperies*, y le responderia con el siguiente verso; *Et os meum annuntiat laudem tuam*, profigiendo en esta forma el Oficio Divino, y acabado se despidièsse, sin dezir palabra. Muchos años autes ayunaba la Quaresma en honra de San Miguel, que empeçaba al siguiente dia de la Assumpcion de nuestra Señora: pero en este tuvo especial inspiracion, para que el ayuno fuesse de mas rigida abstinençia, y con mayor guarda de silencio. Obedeciò

Fr. Leon à los ordenes de su Maestro, aunque muchas de las noches, que le visitaba, le hallaba tan elevado, y abstraído; que no le respondia. Salia del susto, y cuydado; que le ocasionaba este silencio, azechando; mas que curiosidad, con rezelo, lo que hazia: y veiale bañado en resplandores, y elevado del suelo, con que se bolvia lleno de admiracion à su recogimiento.

En vna de estas ocasiones viò, que toda la gruta estaba llena de admirables luces, y vn globo clarissimo, que baxando de la parte superior cenía cò la belleza de sus rayos, su cabeça. Oia voces, que reciprocamente se alternaban, y respondian. Veia à su Maestro, que postrado, y el rostro por tierra, dezia: O Señor! Señor! quien sois vos, y quien soy yo? Vos mi fumo Bien, y absolutissimo dueño de todo lo criado. Yo pecador miserable, y vilissimo gusano. Viò mas, que levantandose del suelo, en que yazia postrado, avia metido tres vezes la mano en el pecho, y la avia alargado à aquella parte donde luzia mas vigorosa, y flamante la luz del globo. Quando ya viò, que calmaban las voces, y se desaparecia las luces, tratò de retirarse à passo lento, por no ser sentido: pero no le valió su cautela, porque el Santo reconociò la fuga, y le llamó para reñirle la curiosidad de aver registrado lo que passaba en el secreto de su retiro. Admitiò con humildad Fr. Leon la advertencia, pero con aquella natural candidez de animo, que tenia, le dixo: Padre, y à lo que mis ojos vierò no pudes ocultarmelo: y lo que no pude penetrar, te pido por amor de Dios me lo digas à mayor gloria de su Magestad. Era el amor de Dios llave maestra de su coraçon, y franqueòlo todo, diziendo:

Hijo, en aquella flamante luz, que registraban tus ojos, se me apareció mi Señor Jesu Christo, y me revelò altissimos mysteaios, dandome intimo

conocimiento de la excelencia de su ser divino, inefable, y incomprehensible. Por esto absorto en admiracion de tanta soberania, exclamè diziendo: Señor, quien eres tu, y quien soy yo? Porque te aseguro con toda verdad, que quanto mas con el conocimiento de mi miseria me profundo en el abismo de mi nada, tanto mas alcanço, y descubro de las grandezas de mi Dios. Haziamè el Señor cargo de los grandes beneficios, y favores que tenia hechos con mano prodiga à tan inutil criatura; cuya verdad, y conocimiento me tiene oprimido con vna confusion vergonçosa, viendo mi mucha obligacion, y mi poca, ò ninguna correspondencia. Dixome su Magestad, que puesto, que yo avia recibido tanto de su poderosa mano, seria bien, que yo le ofreciesse algo de la mia. Aquí Fray Leon creció mi congoja, conociendo mi poquedad, y vna deuda à que no puede igualar alguna, paga. Alargame con los deseos à mas de lo posible, y vi, que ni estos podian ser satisfacion condigna de mi obligacion, con que recurri otra vez à mi misma nada, pareciendome, que se daria por contento con la còselsion de la deuda vn acreedor infinitamente rico, y poderoso. Nada, Señor, le respondi, nada tengo, que poder daros. Nada soy, y esse mismo no ser, si es en vuestros ojos algo, es porque es vuestro: De mi cuerpo, y alma os tengo hecho entero sacrificio, con que solo puedo ofreceros la repeticion de lo que no es mio. Replicò el Señor, diziendo, que le avia de ofrecer alguna cosa, que fuese de su agrado; para lo qual me mandò, que metiesse la mano en mi pecho, y le ofreciesse lo que en el hallasse. Meti la mano, y encontrè vna hermosissima moneda de oro. Mandòme otras dos vezes repetir la mesma diligencia, y saquè otras dos mo-

nedas en todo muy parecidas por la preciosidad, y hermosura à la primera. Viendo que el Señor me daba las victimas para el sacrificio, se las ofreci reverente, y admitido, su Magestad admitiò gustoso, dando à entender, que en aquellas tres monedas estaban figuradas las tres Ordenes, que à honra, y gloria suya, avia fundado mi zelo, y ayudado de sus auxilios. Tambien me diò à entender, significaban los tres votos esenciales de Obediència, Pobreça, y Castidad, victimas, que sacrificè el alma en las aras del amor al incendio de la caridad. Considera, ò Fray Leon, quales son las grandezas, y liberalidad de vn Dios, que se declara acreedor de el hombre, para doblarle la deuda, con darle todos los costos, y caudal para la paga. Industrias son de su ingenioso amor para ser tan liberal con lo que da; como con lo que recibe. Estos son, hijo, los mysteaios, que has visto; guardalos en lo oculto de tu pecho, y no te succeda otra vez azechar con curiosidad las acciones agentas, haziendo que passe à ser indiscreta la devocion.

Otro dia de estos salió el Santo de la gruta, ò por gozar de la frescura de los ayres, ò por registrar la hermosura de los Cielos, y tomó vna senda estrechaja cuya orilla, ò margen avia profundissimo derrumbadero, y formidabile precipicio; Pareciòle al demonio ser ocasion esta muy oportuna para vengar sus agravios, quitandole la vida, y tomando la figura de vn feissimo, y descomunal striope, empeçò à forcejar con el para despenarle. El Santo invocando el dulcissimo Nombre de JESVS, puso las manos para asirse en vna peña rajada, y lisa, que hallò mas cerca, la qual cediendo de su natural dureza, diò lugar para que en ella hiziesse presa; como pudiera en vna blanda

da cera. Quedaron siempre en este peñalco impresas las señales de manos, y dedos, profundadas en sus entrañas, como oy las mira, y las registra la devoción de los fieles. No pudo la grandeza del susto dexar de hazer en lo natural sus efectos, y así quedò con poca turbacion, con la memoria de tan suceso peligroso; pero Dios, que es à sus siervos fidelissimo, le restituyò à su entera serenidad, embiandole vn Angel, que en forma visible le consolasse, y dièse musica con vna cithara, cuyos dulcissimos, y armoniosos concertos suspendieron sus potencias, dexaron en calma sus sentidos, con tan estraña suavidad, que à durar mas la celestial armonia, no huviere peligrado su vida menos de la exorbitancia de el gozo, que avia peligrado de la fatalidad del susto.

CAPITULO XXVIII.

De la impresion maravillosa de sus llagas.

A Medida de los influxos de la gracia, crecian en San Francisco los incendios de la caridad, y siendo de aquellos mayor cada punto, la afluencia aumentaba la purissima llama de su amor. Haziafe cargo de la liberalidad con que Dios engrandecia su pequenez, y pediale dilatasse los fenos de su coraçon, porque no se ahogasse en las avenidas de tantos favores. Eran vivissimas sus ansias de transformarse en Christo, deseando vivir de los alientos de su vida, y morir de los dolores de su muerte, copiados por la imitacion. La vida, y muerte de su Amado Jesus era el exemplar que tenia siempre à los ojos, sabiendo ser esta consideracion oficina, en que se fragan las virtudes, y perfecciones del justo, y que por la escapeala de aquella humanidad Santissima

ma se dà paso tan cierto, como seguro à las inaccesibles luzes de la Divinidad. Deseaba empero saber, en qual de los passos de la Vida de Christo, seria su ocupacion mas agradable, y fue el Señor servido de inspirarle, que buscasse su voluntad, abriendo el libro de los Evangelios. Llamò a Fray Leon, à cuya sencillez le pareció, fiar esta diligencia, y mandòle, que por tres vezes abrièsse el Missal en nombre del inefable Mysterio de la Santissima Trinidad. Así lo hizo, y todas tres vezes fallò la Pasion de Christo, y diòle luz, de que como hasta este punto avia deseado imitarle en los lances de la vida, aora debia poner su cuydado en copiar los dolores de su Muerte. Llenòle Dios desde esta hora de vna incomparable fortaleza, para que atropellasse el temor natural, sin atender al amor proprio, que aborrece la Cruz con el pretexto de la propria conservacion. Engolfòse con la consideracion, y el afecto en el mar amargo de la Pasion de Christo, deseoso de que sus aguas entrassen à lo intimo de su alma, y profundarse en el abyfmo de sus dolores. Sentir estos era todo su anhelo, y por adquirir la posesion de esta preciosa margarita, puso el resto de sus lagrimas, y todo el caudal de sus afectos. Yà llegò à tal estado, que ni los ojos para el llanto, ni la boca para la queixa, ni el coraçon para los suspiros bastaban, porque eran estrechos cauzes para las inundaciones de su dolor: cuya violencia causaba mortales desmayos con pérdida de los sentidos. Quando yà viò el Señor, que estaba su coraçon materia facil, y dispuesta para introducir en èl la forma, que tanto apetecian sus ansias, obrò en èl aquel estupendo milagro, aquel exceso prodigioso de su amor, comunicandole las heridas, cuyas zicatrices guarda en el Cielo gloriosas la Magestad de Christo, para testigos fieles de sus finezas.

Para referir este prodigio con todas sus circunstancias, sin agraviar la grandeza de la materia, me ha parecido dexar mi pluma, y tomar la de San Buenaventura; cuyos buelos, siendo de vn Serafin, y azorados con el afecto de hijo, podrán solos dar alcance à los remotes de su Padre Serafin.

El año del Señor de mil dozentos y veinte y quatro, como dos años antes, que el siervo Iuio Francisco, pagando el comun tributo à la naturaleza entregasse el alma à su Criador, en el mes de Septiembre, dia catorce, en que nuestra Madre la Iglesia celebra la fiesta de la Exaltacion de la Cruz, dos horas despues de la media noche, y antes de los primeros crepusculos de la mañana, succediò esta estupenda maravilla. Consta ser este el dia de vna revelacion, que Dios hizo à vn Lego Santo de la Orden de extraordinaria virtud, y famosa Santidad el año de 1282. la qual refiere Piffa, Vvadingo, y haze de ella mención S. Antonino de Florencia. Nuestro Serafico S. Buenaventura no señala el dia, y dize solo, q̄ fuè cerca de la Exaltacion de la Cruz. Bernardino de Corvis, dize aver sido en el dia diez y seis de Septiembre, en que se celebra la fiesta de Santa Eufemia. Fray Marcos de Lisboa señala la vispera de la Exaltacion de la Cruz; pero nuestro Vvadingo, dando credito à la dicha revelacion, tiene por cierto aver sido el dia catorce. De este mesmo sentir es Fr. Vital en la vida de San Francisco, que eserivì en Toscano; cuya autoridad es en este punto de mucho peso, porque registrò para escrivirle todo el Archivo de el Convento del Monte Alberne, del qual, y de la tradicion inmemorial, consta aver sido este dia. El doctissimo Vvadingo à lo dicho arriba esta razon de congruencia. Que como en aquel dia quiso Dios, que la Santa Cruz llevada sobre los ombros de Heraclo Empe-

rador tuviesse su exaltacion en el Monte Calvario, quiso tambien, que en este mismo dia se renovassen las memorias sangrientas, y gloriosas de la Cruz en el Monte Alberne: por que ambos, que en las quebradas, y roturas de sus peñalesos fueron testigos de las ignominias, lo fuesen tambien en tiempos de las glorias.

Que la Iglesia celebre la fiesta de las Llagas à diez y sete de Septiembre, no obsta à lo dicho; porque el Sumo Pontifice Benedicto Undezimo, que concediò la Bula primera de su celebracion, dexò à la eleccion de los Interesados, que escogiesen dia no ocupado con otro Oficio; y para que no huviesse variedad en escoger dia, el Capitulo General, que se celebrò en la Ciudad de Caturco, año de 1343. señalò para toda la Orden el dia diez y sete, como mas desembaragado en este mes: Esto es quanto al computo historial: yà proseguirè dando à nuestro vulgar las palabras con que San Buenaventura refiere este prodigio.

El dia, pues, de la Exaltacion de la Cruz, hallandose el fiel siervo de Christo Francisco bañado en las dulçuras de celestial contemplacion con mas abundancia, que otras vezes, ardiendo en su coraçon mas fogosa la llama de los deseos de bienes celestiales, començò à sentir mas copiosas las influencias de la gracia; y favores divinos. Una mañana orando en la laderra del Monte, viò la especie, y forma de vno, como Serafin, con seis alas tan resplandecientes, como fogosas, que las baxaba, baxando de las alturas del Cielo con buelo presturoso, hasta llegar à su presencia. Mirò el Varon de Dios, advirtiendo, que el Serafin no solo tenia alas, sino que tambien estaba crucificado, braços, y pies extendidos, y fixos en cruz, y las alas en disposicion maravillosa: porque con las dos superiores ceñia la cabeza, sin

ocultar la hermosura del rostro, con las dos inferiores ceñia, y ocultaba desde la cintura hasta los pies todo el cuerpo; y con las dos de enmedio volaba. Pasó con la vehemencia de la admiración à vista de tan extraño espectáculo: y empezaron à batallar en su alma baraxados entre si dos contrarios afectos, de dolor, y gozo. El gozo tenía por causa la belleza de el que con tan amorosa, como admirable dignación le favorecía; la tristeza, y dolor de verle en las penosas afrentas de la Cruz; puñal, que penetraba las medulas de su corazón. Con luzes de inspiración aquel, que veían en lo exterior sus ojos, ilustró en lo interior su entendimiento; para que conociese, que aunque las pensiones del padecer eran del todo ágeras de la inmortalidad de el Serafin: convino, empero, que viese esta visión con las circunstancias de pàlsible, del espíritu tan improprias, para que entendiese, que la transformación en Christo, à que tanto anhelaba, avia de conseguirse, aynmas, que por los dolores, y martirios del cuerpo, à fuerza de los incendios amorosos del alma.

Desparecióse la visión despues de familiares, y mysteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con incendio Serafico: y exteriormente marcada su carne con la perfecta Imagen de el Crucifixo no de otra fuerte, que la cera blanda à los alhiagos de el fuego fácilmente se impresioná, y recibie la imagen de el fello, que se le aplica. Instantaneamente empezaron à descubrirse en manos, y pies los clavos, cuyas cabeças en las manos sobrefalian en las palmas; y por la parte contraria sus retorcidas puntas: por el opuesto en los pies sobrefalian las cabeças à los empeynes, y las puntas retorcidas en las plantas. En el lado derecho se descubria vna cifra ancha, y

profunda, como si se huviera formado con el hierro de vna lança, sus labios rubicundos de la sangre, que vertían tanta, que à las vezes tenía la tunica, y paños menores. Hasta aqui San Buenaventura.

CAPITULO XXIX.

Excelencias, y singulares prerogativas de las Llagas.

LAS circunstancias, que hazen estas prodigiosas Llagas dignas de mayor reverencia, y singularísimas para la admiración, son muchas. Su Autor fué el Supremo Artífice de la Redempcion humana Christo Señor nuestro, como contra el singular sentir de vn Autor moderno con poco fundamento, y levisima conjetura, sienten todos los que han escrito de este privilegio. Baste por muchos el Serafico Doctor San Buenaventura, que dize así: Baxó de el Monte Francisco, trayendo consigo la efigie del Crucifixo, no figurada en tablas de piedra, ò madera por mano industriosa de humano Artífice, sino escrita, y delineada en su carne con el dedo de Dios vivo. Los Sumos Pontífices en las Bulas, que directa, ò indirectamente hablan de este punto, dizen esto mismo. Todos los antiguos, y modernos Histiadores, à quien les toca examinar de proposito lo que escriven, están en este sentir conformes. Revelósele vn dia el mismo Santo à vn devoto hijo suyo, con estas palabras: Como Christo recibió en la Cruz sus Llagas, así con sus benditísimas manos se dignó de imprimirlas en mi cuerpo, guardando este orden, que primero me las imprimió en las manos, despues en los pies, y vltimamente en el costado, con veheméntísimo dolor, y gravísimot-

tormento. Refiere esta revelacion Pisa, y San Antonino de Florencia. No es dudable, que de esta circunstancia resulta vna gran prerogativa en estas llagas, que aunque por ser de hombre puro son infinitamente inferiores en la estimación, veneración, y precio à las de Christo Dios, y Hombre verdadero quedan por el Autor que las hizo con venerable diferencia en algun modo ventajosas; porque en Christo executó el odio de sus enemigos, lo que en Francisco el amor de su Dios, y las llagas, que en Christo no podemos ver sin el horroroso recuerdo de la malicia humana, quiso el mismo Señor, que las viessemos en Francisco con admiración de su bondad Divina.

No fueron las llagas aparentes, y superficiales, sino abiertas, profundas, y penetrantes; en manos, y pies de parte à parte. En el medio de cada vna se veia, y se tocaba vn clavo sobrefaliente, y relevado, que la traspasaba, y su color azulado obscuro, y casi negro, y aquel proprio, que distingue al hierro de los demás metales. En las palmas de las manos, y empeynes de los pies, tenían con perfecta similitud formadas, y redondas las cabeças, y por la parte opuesta las puntas retorcidas, y como remachadas: de fuerte, que en los concabos de su oblicuidad podia caber vn dedo. Estaban à la carne de plantas, y palmas, y de las partes opuestas muy juntos, y dexaban libre, y sin lesion alguna todo el juego, y exercicio de los nervios: solo al sentir los pies tenia mucho trabajo, y dificultad, especialmente estando desigual el suelo; y por esta causa vsò para ayudarse de cayado; y en los caminos de judgmento. Estos clavos eran como de vna carne nerviosa; duros, fuertes, y solidos, y tan de vna pieza, que si los movia de vna parte, resultaba el

Parte I.

movimiento à la parte opuesta. Alexandro Quarto, en aquella Bula celebre, que empieza: *Benigna opera*, refiriendo este prodigio, dà salida à las dudas, que pudiera oponer escrupulosa la Filosofia, con estas breves palabras: *De subiecto propria carnis crevit; vel de materia nova creationis accrevit.* Que, ò los formó Dios de la materia antecedente, y de la misma carne con nueva extension, forma, y figura; ò crió de nuevo materia para su formación. De todas ellas salia sangre fresca, y purísima, que restaba el bendito Fray Leon, poniendo entre los clavos, y la carne vnos pañitos delgados, y limpios, de fuerte, que ocupasen los vacios, y concabidades, que hazian las cabeças, y puntas; y este solo era el remedio, y alivio, que tenia para templar sus dolores, que eran vivísimos. Solo el Viernes en memoria de la Pasion de Christo, no permitia este consuelo, sacrificando su dolor à la imitación de su Amado. Nunca su curacion fué otra, que la de estos pañitos, de cuya provision cuidaba Fray Leon con mucho secreto; y siendo así, que los dolores eran continuos, las heridas penetrantes, y en las partes mas delicadas, y sensibles de el cuerpo, por ser tan nerviosas; jamás en las llagas se vió encono, ò inflamacion; inmundicia, ò mal olor, antes bañadas en sangre fresca exhalaban de si maravillosa, y suavísima fragancia.

La llaga del costado era vna boca, que voceaba sét la vida de aquel hombre vn continuo milagro, porque su rotura tenia tres dedos en ancho, y era penetrante, y de ella era el fluxo de sangre tan copioso, que pudieron de ella recoger sus Compañeros en ocasiones, que padecia el Santo mortales desmayos, considerable

Qq 2

can-

Alexand.
IV. in Bula
Benigna
opera.

Vindog.
anno de
1224.
MMII.77.

cantidad en redomas. Una se guarda oy en el Convento de Castroviejo, de la Custodia de Aquila: y parte de la sangre de esta redoma adquirió con muchos ruegos el Duque de Aquaparta, y la traxo à Roma, donde todos los años el día diez y siete de Septiembre se haze solemne Proceſſion, que haze de mayor concurſo el milagro de liquidarse; moverſe, y bullir la sangre en la redoma; hasta que acabada la Proceſſion se buelve à endurecer, y quaxarse. Estas circunstancias ſuben de punto la excelencia de estas llagas, y publican el encendido amor de este humano Serafin; cuyos vehementes afectos, le trasformaron en el fer de Cruz animada, en quien remachados los clavos sobre las heridas, hagan fee, de que fue Cruz, y crucificado.

De las circunstancias referidas infiere Lucas Tudense, contemporáneo de nuestro Santo, que Christo Señor nuestro fue crucificado con quatro clavos, y que el lado, que hiſo la lanza de Longinos fue el derecho, no el izquierdo, como ſentian algunos con demasiada porfia. Sus palabras ſon digniſimas, así por la fee, que hazen à favor de este prodigio, como por ſer hombre de grande autoridad, contemporáneo de San Francisco, y à quien no pudo victar el amor de la Patria, porque como todos ſaben, es de Nacion Español, y el Santo Italiano; dize así: *Alij nulla ſulti autoritate aſſerebant tribus tantum clavis Cruci fuſſe Dominum aſſixum; & non dextrum latus eius; ſed ſiniſtrum lancea vulneratum. Sed Omnipotens Deus, qui in firma mundi eligit, ut ſortia quæque confundat, per ſervum ſuum Franciscum litterarum elementis ferè rudem occulta ſide; ita illorum confundit argumenta falacia, ut etiam inviti cedant manifeſtiſſima veritati.* Dexa yà

referida toda la ferie de el ſuceſſo con las circunstancias de clavos, y herida del coſtado derecho de San Francisco, y profigue: *Si autem quis forſitam adhuc audeat dicere iſta miraculoſe, & non adinſar Paſſionis Chriſti in Beato Francisco fuſſe geſta; audiat, quod in eius obitu legitur manifeſtè; reſultabat in eo re vera forma Crucis; & paſſionis Agni immaculati, qui lavit crumina mundi, dum quaſi recentèr à Cruce videretur depositus, manus, & pedes clavis confixos habens, & dextrum latus, quaſi lancea vulneratum.* No las doy à nuestro vulgar, por no alargar mas este capitulo: pero no puedo dexar de dezir, que eſtoy convenido, à que los clavos de Christo fueron quatro, así por este ſuceſſo, como por otros principios, que en Eccleſiaſtica erudicion ſon bien ſeguros. A lo que con mas adheſion doy mi ſentir es, à que la llaga de Christo de el coſtado fue en el lado derecho, porque no, como piensan algunos, la imprefion de las llagas de San Francisco se hizo por la conjuncion de los dos cuerpos careados, de que avian de reſultar por opueſto las heridas; esto es, que la que en Christo era derecha, fueſe ſiniſtra en San Francisco, pues en esta opoſicion, y careo era forçoſo trocarſe las manos. No fue, digo, así la imprefion, pues como conſta de la revelacion referida, las llagas de las manos se le imprimieron antes, que las de los pies, y estas antes, que la de el coſtado; y ſi la imprefion ſe huviera hecho por la conjuncion viſiforme de los cuerpos careados, no avia por donde dezir, que no ſe huvieſſen imprefio juntas todas las llagas; hallandose en debida aplicacion igualmente aplicadas. Fuera de que ſiendo cierto, como ſienten todos, ſer San Francisco vna viva, y perfecta Imagen de Christo Crucificado; no tuviera los

Tudens;
lib. 1. cap.
11.

caba-

tabales de perfecta, ſi en ambos no eſtuieſſe en vn lado miſmo la Llagas, ni viniera bien con el original la copia.

CAPITULO XXX.

Califica la Iglesia la verdad de las Llagas del Serafico Patriarca contra la indiſcreta emulacion de algunos.

NO quiso Dios, que tan eſtupendo milagro, quedafſe ſeſultado en las ſombras del ſilencio, ni que apagaſſe la emulacion, ò el olvido aquel fuego, que encendio ſu providencia en la hoguera de ſu infinita caridad, para que abraſaſſe al mundo, y con ſu calor deshizieſſe los ycelos, que tenían entorpecidos los corazones humanos. Quiso, pues, que ardieſſe, y que luzieſſe; que ardieſſe para el exemplo, y luzieſſe para la admiracion. Para este fin movio à ſu Iglesia, y en ella à ſus Vicarios, para que hizieſſen notorios al mundo ſus reſplandores, con tal empeño, que mas parece, que miran à eſtablecer vn myſterio, que à calificar vn milagro. No faltaron muy en los principios algunos Catolicos duros de Fe, ò tocados de indiſcreta emulacion, que ſe opuſieron à esta verdad, haziendo con la opoſicion de ſus dudas mas notoria, y inſontratable ſu firmeza. Atajò ſu loquacidad la Iglesia con cenſuras, y eſcarmenò ſu audacia la mano poderofa de Dios con milagros.

La primera Bula, que contra eſtos impugnadores de la verdad expidio Alexandro Quarto, fue el año de 1255. q̄ empieza: *Benigna operatio divina voluntatis*, los trata de ſacrilegos; blaſfemos, y como à tales les ſeñala merecido caſtigo. *Nemo igitur, dize, eidem Sancto audeat de cetero eſſe moleſtus in corpore ſuo Chriſti triumphalia ſtigmata*

Parte I.

preſerenti. Si quis igitur ſpiritus emorarie preſumotionis inſanienſ, divini muneris invidus, Apoſtolici Iudicij ſacrilegus impugnatore premiſſa, vel alia prodigiorum ſigna, quibus in Eccleſia Dei Sanctius præditi Confreſſoris eluxit, improba contraditionis morſibus obtreſtandã crediderit; volumus, & mandamus, ut eum ſana menti reſtituam iudicialis ſeveritas diſcipline; ita quod diſſerta, proprij Prælati caſtigacione, correptus Dei opera blaſphemare deducat, &c.

No baſtò eſto, para que ſe dieſſe por vencida la incredulidad imprudente, y la emulacion obſtinada, que mantenía ſus dudas, y contradiciones en los Reynos, principalmente de Eſpaña, como Caſtilla, Leon, y Galicia; à cuyos Obiſpos, y Arçobiſpos deſpachò otra Bula, para que ſe la intimafſen à ſus ſubditos, aſeandoles ſu torpe embidia, y agravando penas contra los rebeldes, con excomunion reſervada à la Silla Apoſtolica; y ſi los impugnadores fueſſen Doctores graduados en alguna facultad, Maefros en Teologia, Predicadores, ò Confreſſores, los priva de todos los honores de ſus Grados, y del exercicio de ſus miniſterios con efecto tan executivo, que deſpues de la intimacion de la Bula, no admite apelacion; y à qualquiera que los induxere à que hagan dicha opoſicion, los excomulga ipſo facto tambien ſin apelacion: la Bula empieza: *Quia longum eſt, &c.* expedida año de 1259. en el quinto de ſu Pontificado. Entre otras palabras, dize eſtas à los Arçobiſpos, y Obiſpos. *Cuydareis de que nuestro mãdato en eſta parte ſe obſerve, y cumpla, de tal fuerte, que la injuria, que el Hijo de Dios es viſto padecer en ſu Santo, y la ſintais muy de coraçon, y por conſiguiente merezcais por eſto el premio de ſu gracia divina, y el aumento de nuestros favores Apoſtolicos.*

Qg 3

Bol-

Bolvióse à sentir el dañado aliento, y pestilente respiracion de la embidia años despues en el Pontificado de Nicolao Quarto, porque vn Religioso de cierta Orden, predicando de vn Martyr fuyo, habló con atrevida indecencia de las Llagas de San Francisco, de que resultò grave escandalo. Llegò la quexa al Pontífice, y llamandole à su presència le castigò, y despachò vn Breve à su Provincial, en que le intima la piadosa sentència con que avia determinado escarmentar su loca temeridad, diciendo, como el aver reconocido su culpa con humildad, y detestado su error, le obligò à que procediesse en su castigo con blandura, privandole por siete años del oficio de la predicacion, y honores del Magisterio; todo lo qual por aquel rescripto fuyo le hazia notorio; para que la privacion tuviesse su debido efecto, y quedasse curada aquella oveja fuya. Empieza esta Bula: *Cum ad aures nostras*, expedida año de 1291. en el quarto de su Pontificado. Contiene esta Bula palabras dignas de toda ponderacion, para que el mundo sepa, qual es el juicio, que la Universal Iglesia tiene hecho de este milagroso privilegio. Las clausulas con que acaba son las siguientes. No es punto, que admite duda, que se haze reo de sacrilegio, el que atrevido negare, ò se opusiere à lo que la Santa Madre Iglesia asistida de el espíritu de santidad, y con madura deliberacion tiene confirmado.

Subió de punto la sestimaciones, y creditos de este milagro à todo lo que pudo ser, Benedicto Vndezimo, dando à estas llagas culto publico en nombre de toda la Iglesia, en dia, y Oficio Divino, señalando dia para su celebracion. Y porque en esta se procedia con alguna tibieza, muchos años despues Paulo Quinto renovò lo decretado por Benedicto Vndezimo, à instancias del Catolico, y piíssimo Rey

de las Españas el Señor Felipe Tercero, y amplió la concession del Rezo à toda la Iglesia, para que la memoria deste prodigio desterrasse la tibieza, y encendiesse fuego de devocion en los coraçones, de la Pasion, y Muerte de Christo, como lo canta en la Oracion de este Rezo, cuya acertada elegancia, y devota composicion, se debió à Fray Gerardo de Odonis, General dignissimo de la Serafica Familia, poco despues de la concession de Benedicto. Haze memoria de la impresion de las Llagas en las Tablas Ecclesiasticas, y Martyrologios, de Francisco Molano, de Pedro Galefino, en las Adiciones al de Ufuardo, de Juan Maurolico: en el Romano antiguo, y moderno, registrado por Celar Baronio, en el qual mandò Sixto Quito las siguientes palabras, hechas, y escritas de su mano: *Commemoratio impressiois Sacrorum stigmatum, quibus Sanctus Franciscus Ordinis Minorum Institutor in eius manibus, pedibus, & latere mira Dei gratia in Monte Albernia in Etruria impressus est.* Y si antes que la Iglesia diese à este milagro culto publico, eran tenidos por locos, temerarios, sacrilegos, y blasfemos à juyzio de los Pontífices los impugnadores de esta verdad; que censura mereceria aora su loco atrevimiento? Pienfela bien el Teologo, aunque yà que goza en pacífica posesion los creditos de su verdad; no tiene que estudiar censuras contra la incredulidad, sino elogios à la devocion.

Solo el Herege paxaro infausto, que mira con averfion à la luz, ò no la mira, porque ciego con el humo de sus errores no puede verla; solo digo el herege es, quien ha puesto en esta verdad clara, duda, y lengua sacrilega, monstruo stigmatizado; llamó à San Francisco el infame Lutherero. Otro nõ pudiendo negar aver tenido las Llagas sin nota de necio, y de temerario;

muy preciado de Filosofo le diò à la naturaleza el milagro de la gracia, dando por causa de estas heridas à la vehemencia de la imaginacion, de quien se cuentan raros, y maravillosos efectos. Otro, que era invencion quimérica de los Papistas. A tanto pestilente veneno aplicò eficaz antidoto Leonardo Cocheo, en el erudito tratado, que intitulò el Antidoto. Pero no fuera la verdad, que impugnàn de tan superior esfera, sino la abominàra su malicia, de fuerte, que en sus depravados juyzios corra este milagro, y los Mysterios de nuestra Fè igual fortuna.

Si huvo, ò no en la Iglesia otras personas de insignie santidad con Llagas, fue despues de los tiempos de San Antonino, de Florencia disputa bien contenciosa; porque hasta el tiempo en que este Santo Arçobispo vivia, no tuvo principio, siendo los Santos por quien se movió la controversia mucho tiempo antes. Gonsta ser esto así por las mismas palabras de esta ilustrissima Mitra, que son fielmente traducidas las siguientes. Una cosa singular se le concedió al Bienaventurado Francisco, que à otro ninguno de los nacidos de las mugeres se lee averse concedido, y esta fue la impresion de las sagradas llagas. Porque aunque San Pablo en la Epistola à los de Galacia, diga de sí, que traía en su cuerpo las Llagas de su Señor Jesu Christo; ningun Autor dixo por esto, que traxesse San Pablo visibiles, y corporalmente las señales de la Pasion en las manos, pies, y costado; pero llamó Llagas à los muchos trabajos, y afflicciones, que padecia con los hombres en mas abundancia, que los otros Apóstoles; por la qual tambien razon, dixo de sí mismo estar crucificado, no que su cuerpo estuviesse clavado en la Cruz; sino que estaba crucificado en el defeo de padecer, y en la tolerancia de muchas tribulaciones, à las quales llama Cruz,

porque atormentan, y crucifican. Hasta aqui San Antonino. Esto supuesto, quando la Religion Serafica sacò la cara à la disputa, no se opuso à la posibilidad, que es amplissima, sino al hecho, no permitiçado, que en otra persona, que la de su Santo Patriarca, contra la verdad del hecho; se pintassen Llagas sangrientas, sino luzidas, y formadas de resplandor; pues tienen los Pintores arte para distinguir por los coloridos à la sangre de la luz. Pudo Dios, claro està, y ninguno se atrevió jamás à negarlo, comunicar el favor de sus Llagas, con todas las circunstancias que se le comunicò à San Francisco, à otro qualquier Santo; porque su poder es infinito, y no se estancaron los corrientes de su gracia; pero hasta los tiempos en que con mas ardor se disputaba este punto, es cierto, que no lo avia hecho su Magestad con otro alguno. Despues acá en estos siglos vltimos huvo algunas personas, à las quales participò este Señor el favor de sus Llagas, no solo en resplandores, sino sangrientas, pero superficiales, y no profundas. Lo cierto es, que las de San Francisco son singularrissimas, y sin simil, por sangrientas, por profundas; por atravesadas con clavos formados de la misma carne; y lo que las haze mas singulares, y que este milagro sea en su linea vnico, como el Fenix, es la aprobacion de la Iglesia, en cuyo nombre le dan sus Fieles culto publico en Rezo, y Missa.

CAPITULO XXXI.

Quiere Dios que se descubra el secreto de este milagro, para bien de las almas.

MONTE llamó San Anselmo à la humildad, y parece, que con mas propiedad la debió llamar Valle; pues son los Valles